

Los impuestos sobre la sal y el vino colmaron el descontento de los romanos; subleváronse y asaltaron el palacio á los gritos de *¡Muera el traidor que ha impuesto la gabela!* No creyendo que el motin amenazase su vida, aguardó á aquellos furiosos vestido con el traje senatorial y el estandarte del pueblo en la mano. Pero cuando vió llover piedras y fuego, trató de librarse del peligro. Descubierto en su escondite fué degollado, y su cuerpo colgado de la horca (8 de octubre). De esta manera es como el pueblo destroza sus ídolos.

El cardenal y Rodolfo de Varano, señor de Camerino y comandante del ejército, restablecieron la tranquilidad en Roma; y despues continuaron sometiendo el patrimonio de San Pedro, el ducado de Espoleto, la Marca de Ancona y otros territorios. Bolonia, que se habia sustraído á la dominación de los Visconti por Juan Oleggio, que de simple clérigo, habia ascendido por favor, hasta la categoría de capitán general de aquella ciudad, la vendió despues al papa. Habiendo reunido el cardenal en Roma los diputados de todas las ciudades que dependian del pontífice, publicó para ellas las Constituciones Eugubinas (1357).

Francisco de los Ordelaffi, señor de Forli (19),

(19) La dama Cia, mujer del capitán Forli, encerrada en la ciudadela con Sinibaldo, su joven hijo, dos sobrinos de corta edad, una joven, dos hijas de Gentil de Mogliano y cinco señoritas, se encontró sitiada. Ocho máquinas de guerra batian la plaza, donde arrojaban continuamente enormes piedras. No teniendo ninguna esperanza de socorro, y sabiendo que las murallas de la ciudadela y las torres estaban minadas por los enemigos, se sostenia con un valor admirable, ayudando á la defensa y animando á los suyos. Como se encontrase en esta difícil situación, Vanni de Susinane de los Ubaldini, su padre, conociendo el peligro que amagaba á su hija, acudió al legado é impetró la gracia de ir á hablar con ella para inclinarla á que se rindiese, salvándose de este modo ella y toda su gente.

Cuando llegó al castillo, como padre, hombre de grande

Forlimpópoli, Cesena, Castrocaro, Bertinoro é Imola, se habian sostenido con ayuda de aquellas bandas mercenarias, que en aquella época era el nervio y el oprobio de la guerra; pero acabó por someterse y fué absuelto. La Romagna tambien, donde el cardenal Alborno no habia encontrado súbditos sino en Montefalco y en Montefiascone, se puso toda entera bajo la obediencia del papa. Cuando el pontífice le pidió cuenta del dinero gastado durante estos catorce años, el legado le envió un carro cargado únicamente con las llaves de las ciudades avasalladas.

autoridad y muy versado en la guerra, le dijo: *Querida hija, debes creer que no he venido aquí á engañarte ni á hacer traición á tu honor. Sé y veo que tú y los que te rodean estáis en un peligro inevitable. No conozco otro remedio que tratar con las mejores condiciones para tí y los tuyos, y devolver la plaza al legado. Añadió muchas razones para determinarla, manifestándole que no habia en ello nada de vergonzoso para el más valiente capitán del mundo, en circunstancias semejantes. La dama respondió á su padre: Padre mio, cuando me habeis entregado á mi señor, me habeis encargado serle obediente en todas las cosas; así lo he hecho hasta aquí y espero hacerlo hasta la muerte. Me ha confiado esta plaza, encargándome no la abandonara por causa alguna, y no hacer nada fuera de su presencia ó sin ser avisada por cierto signo secreto que él me ha confiado. Poco me cuido de la muerte ó de otra cosa cuando obedezco sus mandatos. Ni la autoridad paternal, ni la amenaza de peligros inminentes, ni ejemplo parecido que le citó un hombre tan notable, pudieron conmovér la firmeza de la dama, y despidiéndose de su padre se dedicó con la mayor solicitud á preparar los medios de defensa y las guardias del castillo, cuya custodia se le habia confiado, no sin admiración de su mismo padre y de cuantos presenciaron el temple varonil del alma de aquella mujer. Yo creo, que si esto hubiese ocurrido en tiempo de los romanos, los grandes autores no la hubiesen quitado el honor de que su esclarecida fama figurase entre las otras que encontraron dignas de singulares elogios por su constancia. El mismo autor, VII, 69.*

## CAPÍTULO XVIII

### LOS GUERRILLEROS.—LOS VISCONTI.—LOS ESFORCIA.

Ya hemos visto que en la Edad Media se hacia la guerra con tropas feudales y con las milicias de los concejos. Las primeras desaparecieron al cesar el sistema, del cual se derivaban, y al aumentarse la necesidad de llevarlas á lejanas expediciones. Las milicias de los concejos se habian armado legítimamente, primero por la libertad de su patria, despues para defenderla, y últimamente tomaron la ofensiva en los países en que las repúblicas se consolidaron. Donde prevaleció la monarquía, los reyes procuraron formarse ejércitos con los hombres de los concejos, como en Francia y en Inglaterra, á despecho de los barones, que veian sustraerse tantos vasallos de su obediencia para pasar á la de los reyes. Por otro lado, estos barones, cuando tuvieron altercados con los concejos, fueron obligados á recurrir á brazos mercenarios, armados, no con el fin de dejar á los ciudadanos trabajar y traficar en paz, sino para tenerlos en la dependencia é impedirlos conocer su fuerza. Los mismos reyes cuando tuvieron que luchar con los barones, hallaron como más seguro emplear la fuerza brutal de indiferentes mercenarios, más bien que reclutar tropas entre hombres acostumbrados á obedecer hereditariamente á sus señores, y en quien la fidelidad podia ser quebrantada por la reflexión ó el sentimiento.

El uso de tropas mercenarias introdujose, pues, en todas partes, y las provincias suizas, así como los países confederados de Alemania, donde el gobierno democrático habia dejado acrecentar la población y ejercitarse en las armas, suministraron el número mayor de reclutas venales. Los armagnacs y los demás que por tanto tiempo causaron á la Francia más mal que al enemigo contra quien se habian alistado, nos han demostrado suficientemente cómo se comportaban con amigos y enemigos.

En Italia, los ciudadanos habian combatido por conquistar su independencia contra el primer Federico y defenderla contra el segundo; pero cuando las guerras se prolongaron y llegaron á ser querellas de partido, ó cuando un señor las decretó, sea por su propio interés, sea por capricho, tomaron las armas con tanta menos voluntad, cuanto ya se habian acostumbrado á las dulzuras de una existencia tranquila y entregada á las artes. Nada podia, pues, ser más apetecible á los señores que este disgusto en tomar las armas, que en manos de los ciudadanos es un freno temible á los abusos del poder. Así de muy buen grado les dispensaron de esta contribucion que cambiaron en un tributo, de que se sirvieron para pagar tropas llamadas de afuera. Venecia, que en su celosa desconfianza no habia concedido jamás á sus nobles los mandos militares, se sirvió de soldados mercenarios en todas las campañas de tierra firme. Florencia, aunque gozase de la libertad democrática, se acomodó á este sistema que dejaba á sus ciudadanos tiempo para dedicarse al negocio y á las diferentes industrias manufactureras é intelectuales.

Pronto se encontró quien especulase con este nuevo objeto de lucro, así como hombres dispuestos á perder su sangre por un precio convenido y guerrilleros ó jefes que los comprasen, alzando una bandera á la ventura, para hacer la guerra donde mejor les conviniese. Esta gente nueva sostuvo una parte principal, no sólo en las guerras, sino en las vicisitudes políticas de aquel período.

De tantos mercenarios bajados á Italia con Enrique VII, Federico de Austria, Luis de Baviera, el duque de Carintia y el rey de Bohemia, pocos habian vuelto á su país. Mejor les convenia permanecer á sueldo de los señores italianos, que por su parte tenian más ventaja de servirse de personas extranjeras á las facciones interiores, y cuya alma

estaba enteramente cerrada á los sentimientos de la patria y casi de la humanidad; pero no formaban todavía verdaderas Landas. La más antigua fué la de los almogávares, cuyas vicisitudes novelescas hemos visto ya en Sicilia y en Oriente (1).

En 1322, algunos aventureros despedidos del servicio por los florentinos, se unieron á Deo Tolomei, desterrado de Siena, que después de haber formado una compañía, recorrió el territorio de aquella ciudad robando cuanto pudo (2). Otra banda de alemanes asalariada por Florencia y Venecia, que había permanecido sin jefe, atormentaba el país, cuando Lodrisio Visconti, primo de Galeazzo, al cual le tenía envidia, les propuso seguirle contra este señor de Milan, prometiéndoles en lugar de sueldo, el saqueo de aquella rica comarca. Aceptaron é invadiendo la Lombardia bajo el nombre de banda de San Jorge, trataron de sorprender á Milan. Pero derrotados en Parabiago, en la batalla más sangrienta que se dió antes de Carlos VIII, se dispersaron asolando la campiña, hasta que perecieron en atroces suplicios (1343).

El duque Guarniero de Urslingen, alemán, que había ido con muchos hombres de armas á caballo, de su nación, para servir á los pisanos contra Florencia, hizo después la guerra por su propia cuenta, asolando toda la Italia, titulándose enemigo de Dios, de la piedad, de la misericordia, y prestando ayuda á los rebeldes y vengativos hasta que con algunos restos de su banda abandonó la península lleno de oro. Cuando su gente hubo disipado en el libertinaje el botín hecho en Italia, volvió con Luis de Hungría, el cual lisonjeaba tanto á este aventurero, que hasta consiguió que él mismo le armase caballero (1348). Acordaron con el vaivoda de Transilvania y con otros jefes de banda, que Guarniero devastase la Capitanata y la Tierra de Labor con una tropa de diez mil armados. El botín que al fin se repartieron, se valuó en medio millón de florines (once millones), sin tomar en cuenta las armas, los caballos, las telas, las cosas de uso ó estraviadas, ni tampoco las miserables vejaciones y los nefandos estupro que cometió aquella gente, la cual llevándose prisioneros y mujeres robadas, atravesó la Italia, esparciendo el terror en toda ella.

**Fr. Moriale.**—Durante las guerras de Luis de Hungría en el reino de Nápoles, un hospitalario llamado fray Moriale (Monreal de Albano), se había señalado por su bravura: habiéndose atraído algunos aventureros, les acostumbró á robar y á asesinar ordenadamente. Los servicios lucrativos que prestaba unas veces á un señor, otras á otro, le habían inspirado tal confianza, que nada le parecía imposible á la fuerza. En su consecuencia, envió invitaciones y promesas á cuantos mercenarios había en Italia; y habiendo reunido mil qui-

(1) Véase el capítulo II de este Libro.

(2) J. VILLANI, IX, 182.

nientos de á caballo con dos mil infantes, saqueó á la Romaña. Tenía consejeros, secretarios y tesorero, con quienes discutía; jueces para administrar entre los soldados una justicia á su modo y para reprimir á los pillos. El botín debía ser repartido por igual entre los oficiales y los soldados, y luego vendido á mercaderes privilegiados: en suma, era una disciplinada república de bandoleros. Donde quiera se hablaba de ella, y muchos acudían á alistarse en sus filas, hasta barones y príncipes alemanes. Pagábanle los Estados enormes sumas para ahorrarse su visita. Las ciudades de Toscana, contra las cuales no se atrevían á dirigir el ataque, formaron una liga para defenderse; pero consiguió sembrar la desunión entre ellas, y sacó de cada una ricos rescates (3). Después de haber recorrido el campo por su cuenta, fué á servir en la liga formada contra los Visconti (1354), estipulando que se le abonarían 150,000 florines por cuatro meses de guerra. Espirado este plazo, cruzó la Italia tratado honoríficamente para ir á buscar á otro punto un compromiso de la misma clase para la nueva estación; pero Nicolás Rienzi le prendió é hizo decapitar.

**Gran compañía.**—Sus hombres tuvieron después de él por jefe al conde Lando, alemán, bajo cuyas órdenes se hicieron más célebres y más formidables con el nombre de *Gran Compañía*. Bernardino de Polenta había ultrajado á una alemana llegada en peregrinación con motivo del jubileo, la cual no quiso sobrevivir á su deshonra. Dos de sus hermanos pasaron á Italia para vengarla, y aunque desprovistos completamente de dinero, comunicaron su cólera al conde Landau, quien condujo su compañía á devastar el territorio de Ravena. Aumentándose luego sus fuerzas con todos los que se acomodaban á aquella bandolería fácil é impune, el mismo rey Luis trató vilmente con él, mediante 70,000 florines en dos plazos, y consintiendo en que hasta que espiraran fuera saqueado el reino. Cuando el conde salió de allí (1357), amenazó tan pronto á un Estado como á otro, hasta el momento en que se puso á sueldo de la liga formada contra los Visconti; pero en lugar de conformarse con los planes de los que le pagaban, donde encontraba más botín se detenía, saboreando el mejor vino, cortejando á las más hermosas mujeres, y reclutaba á los hombres de más fama por sus fechorías. Llamado en socorro de Siena contra Perusa, fué asaltado en Scalella, en las gargantas de los Apeninos por los campesinos ávidos de venganza (1358). Su banda fué destrozada, y él quedó herido y prisionero.

En su mayor parte procedían estos jefes de bandoleros de casas nobles de Alemania como Wer-

(3) Siena, por ejemplo, le pagó diez y seis mil florines, Pisa otros tantos, veinte y cinco mil Florencia, á condición de que se mantuviera distante de allí por espacio de dos años, sin contar los regalos hechos á los jefes.

ner (*Guarnieri*) Monfort, Wirtinger de Landava (*Lando*) y Anichino de Baumgarten (*Bongardo*), quien rehizo los restos de la Gran Compañía. Lando sanó de sus heridas, y en breve reunió cinco mil ginetes, mil húngaros, dos mil hombres de tropa, y además doce mil criados y bagajeros con los cuales fué á caer contra los florentinos. Resueltos á poner un término á una tiranía tan repugnante, apelaron éstos á los italianos, quienes así como temblaron por imitación, también por imitación recobraron su valor. Lando llegó hasta á ofrecer dinero á cuenta de los estragos que pudieran causar los suyos al atravesar el territorio de los florentinos; pero éstos lo rehusaron y salieron en contra suya, guiados por Pandolfo Malatesta, señor de Rímini. Llegaron trompetas del jefe alemán llevando un guante ensangrentado sobre ramas de espino, y provocaron á que lo recogiera aquel que se sintiera con valor para pelear contra el conde. Cogiólo Pandolfo, y dispuso su ejército de tal manera, que Lando no tuvo otro remedio que emprender intimidado la retirada después de haber incendiado su campamento. Desde este instante se dispersó la Gran Compañía, y los italianos supieron vanamente que es preciso combatir á esta clase de gentes y no asalariarla. Después fué muerto el conde Lando cerca de Novara en 1363. Entonces los hombres que le quedaban, siguieron á su hermano Lucio Lando, quien ocupó á Reggio, y en vez de dársela á los señores de Este que le pagaban, la vendió por 25,000 florines á Bernabé Visconti (1360).

**Compañía blanca.**—Cuando el tratado de Bretigny restableció la paz entre Francia é Inglaterra, atraídas otras bandas por las riquezas de cuya existencia tenían noticias al otro lado de los Alpes, llegaron á su vez á recolectarlas. Una de las principales fué la Compañía Blanca mandada por Juan Hawkwood (*Acuto*). Primeramente se puso al servicio del marqués de Monferrato, luego al de Pisa contra Florencia; y durante treinta años siguió combatiendo por quien le pagaba. Los ejércitos entonces se componían de milites y de barbudas. Estos tomaron su nombre del yelmo que llevaban sin cimera, pero con ventalla delante y crines en lo alto; se servían de armas sencillas, pequeños caballos y un solo *sargento* con su palafren; á diferencia del milite, que usaba una armadura pesada, y le seguían dos ó tres caballos. Después se les unieron los húngaros, que llevaban dos pequeños caballos para cada caballero, grande arco, larga espada, peto de cobre, teniendo grande agilidad en la carrera y poco cuidado en su equipo. Hawkwood, superior en habilidad y en recursos á los jefes precedentes, se mostró consumado en el arte de la guerra. Fué el primero que enseñó en Italia á contar los ginetes por lanzas, comprando cada una tres hombres (4) con cotas

de malla, corazas de acero al pecho, grevas de hierro, yelmo, brazaes, grande espada y daga, y una larga lanza que sostenían entre dos. Hacían sus marchas á caballo á causa de su pesada armadura, pero en el campo casi siempre combatían á pie, uniendo de este modo la prontitud de la caballería á la solidez de la infantería; también llevaban escalas formadas de varias piezas para los asaltos (5). Pero la armadura pesada, más bien dispuesta para la defensiva que para la ofensiva, no podía ser atravesada por los muchos arqueros ni por los pocos ballesteros que entonces había en los ejércitos; en cambio eran muy incómodas para los países cálidos, para vadear los ríos, ó para levantarse cuando caían.

Ingleses, provenzales, gascones, bretones, fueron llevados á Italia por otros nuevos jefes, y por muchos años la península quedó bajo de su dominio. «¡Oh dolor, exclama Benvenuto de Imola! mi mala estrella me ha hecho nacer en este tiempo, cuando la Italia se ve inundada de bárbaros de todas clases, ingleses astutos, alemanes furiosos, húngaros molestos, que acuden todos á consumir la ruina del país, no tanto por la fuerza como por la astucia y las traiciones, destrozando las provincias, y saqueando las más nobles ciudades.»

**Compañías italianas.**—No tardaron los italianos en adoptar este nuevo método de utilizar su actividad y el valor que les había faltado en más nobles ocasiones (1379). Alberico de Barbiano, señor de los alrededores de Bolonia formó la compañía de San Jorge, toda de italianos, con la cual

de Calabria, á quien Yolanda de Francia, duquesa de Saboya, alistó á su servicio el 6 de noviembre de 1475, por espacio de un año, tuvo que suministrar cuatro hombres por lanza, bajo las siguientes condiciones: «Primeramente que dicho señor caballero haya de llevar veinte y cinco armados, es decir, veinte y cinco lanzas á cuatro caballos por lanza, entre los cuales haya un hombre bien armado, con su caballo enjaezado, con testera bien ordenada y arreglada al uso italiano, con un asistente para llevar la ballesta, y además la celada, el coselete con la lanza, ó sea partesana, y otro asistente que vaya junto al caballo con la lanza en las manos. Item, por cada lanza y hombre que me ha de dar con cuatro caballos del modo antedicho, le será abonado el sueldo de veinte florines de Saboya, en cada mes; pagando este salario por trimestres sin la menor dificultad. Item, este contrato durará un año, contado desde que pase revista.»

También se pactó que tuviese la paga de treinta lanzas y no estuviese obligado á revistar más de veinte y cinco, abonándole la señora las restantes para su persona y alimento. El prometió estar ó ir donde quisiese la señora en Italia ó fuera de ella, y ofender ó defender según le fuese mandado. Si hiciese prisionero á algún hombre de Estado ó cabo de guerra, prometía dejarlo á disposición de la *excelsa señora*, como asimismo las ciudades y castillos. *Conto d'Alessandro Richardson, tesorer general, fol. 383, ap. CIBRARIO, Op.*

(5) Se lee en Juan Cavalcanti, lib. IV, c. I, que Guido Torello «mandó hacer un puente de piezas con tanto arte, que unas con otras encajaba perfectamente.»

(4) El magnífico caballero mosen Colluccio de Grisis,

atacó las bandas extranjeras, las venció en Marino, y mereció del papa una insignia en la que se se veía escrito: *Italia libertada de los bárbaros*. De su banda salieron después grandes capitanes, como Jacobo del Verme, Facino Cane, Ottobon Terzo, Braccio de Montone y Esforcia Attendolo. También Hector de Manfredi reunió en el Parmesano seiscientas lanzas y dos mil infantes con el nombre de Compañía de la Estrella; pero fué exterminado en el valle del Bisagno, cuando se dirigía contra Génova. Juan de Azzo de los Ubaldini reunió otra en los Apeninos; lo mismo hicieron Pandolfo Malatesta, Boldrino de Panigale y otros, acudiendo á donde había necesidad de combatir ó algo que robar; de modo que cada partida guerrera tenía asalariadas tropas de muy diferentes naciones (6).

(6) En 1386, cuando los paduanos hostilizaban á los veroneses, se componían los ejércitos, según Gataro, del modo siguiente: el de Padua estaba dividido en ocho escuadrones: 1.º Juan Acuto con quinientos caballos y seiscientos arqueros todos ingleses; 2.º Juan de los Ubaldini con mil caballos; 3.º Juan de Pietramala con mil caballos; 4.º Ugoletto Blancardo con ochocientos; 5.º Francisco Novello con mil quinientos; 6.º Broglia y Brandolino con quinientos; 7.º Biordo y Balestrazzo con seiscientos; 8.º Felipe de Pisa con mil. Esta era la guardia de las banderas, con la cual estaban también los consejeros del campamento. Por último venían mil infantes equipados y distribuidos en dos bandas, bajo las órdenes de Cermisone de Parma. El ejército de Verona estaba dividido en doce escuadrones: 1.º Juan de Ordellafi, capitán del campamento, con mil caballos; 2.º Ostasio de Polenta con mil quinientos; 3.º Ugoletto del Verme con quinientos; 4.º el anciano Benito de Marcesana con ochocientos; 5.º El conde de Erre con ochocientos; 6.º Martin de Besuzuolo con cuatrocientos; 7.º Francisco de Sassuolo con ochocientos; 8.º Marcardo de la Roca con cuatrocientos; 9.º Francisco Visconti con trescientos; 10. Tadeo de Verme con seiscientos; 11. Ludovico Cantello y Juan del Garzo con quinientos; 12. Raimundo Resta y Friano de Sesso, con mil ochocientos. Después venían mil infantes armados de pavese y divididos en dos escuadrones, y mil seiscientos arqueros y ballesteros entre extranjeros y del país. Marchaba á retaguardia la masa del pueblo, bajo el pendon de la Escala, calculada en diez y seis mil personas. Terminada la distribución y formados los escuadrones, todos los guerrilleros se reunieron al rededor del capitán del campamento, que los exhortó á combatir valerosamente y á no dar cuartel.

En Sanuto (Vida de Foscarini, *Rerum Italicar. Script.* XXII) tenemos el nombre de los jefes de banda y el número de sus soldados en la guerra de los venecianos y florentinos contra Milan en 1426. Carmañola 230 lanzas: Juan Francisco Gonzaga 400; Pedro Juan Pablo 196; el marqués Tadeo 100; Rufino de Mantua 88; Falza y Antonello 63; Riniere de Perusa 60; Ludovico de Micalotti 70; Bautista Bevilacqua 50; otras tantas mosen Marino, Blanchin de Feltro y Buoso de Urbino: 40 Scariotto de Faenza: 30 Lombardo de Pietramala: 10 Jacobo de Venecia: 8 Cristóbal de Fuogo, y además 113 lanzas libres. Otros jefes estaban en las guarniciones. Bernardo Morosini con 60 lanzas; Jacobo de Castello con 26; Antonello de Roberto con 50; Testa de Moya con 20; Jacobo de Firminato con 13; Juan Tanguinazzo con 63; Antonio de los Ordellafi con 10; Bala-

Algun noble aislado se armaba sólo con sus hombres, formando lo que se llamaba lanza suelta, sin unirse en compañías y sirviendo como voluntario tanto al uno como al otro. A veces se asalariaba una familia entera, así vemos que en 1395 el concejo de Florencia tuvo á sueldo el escuadrón de los Tolomeos, compuesto de veinte lanzas de tres caballos cada una.

Reuniéndose de improviso aquellas bandas, y poniéndose á guerrear sin motivo, nadie estaba seguro de vivir en paz. Tenían la precaución de no permanecer demasiado tiempo en un país, por el temor de no provocar allí una defensa desesperada por parte de los habitantes, á quienes halagaban más bien con la esperanza de una pronta partida. Eran los extranjeros más terribles y más obstinados, en atención á que no podían desertar, y á que para vivir necesitaban guerra.

Estas bandas arrastraban siempre en pos una turba de espías, de merodeadores, de asistentes, que atormentaban al país, no cuidándose de paz ó de guerra, de amigos ó de enemigos. No moviéndoles á combatir el honor ni el sentimiento, no inspiraban siquiera confianza á los que compraban sus servicios, dispuestos como estaban á abandonarlos tan luego como encontraran mejores condiciones. Por cada expedición coronada de buen éxito exigían *doble salario y el mes completo*. Espirado el tiempo de su servicio, si no se les enganchaba de nuevo, ó la paz les hacía esperar demasiado, sus capitanes emprendían expediciones por su cuenta. Si salían vencedores tenían ciudades que entrar á saco y prisioneros á quienes exigir rescate, ó conquistas que poner en venta. Si se les vencía, se había disminuido el número de bocas que exigían sustento (7).

chino de Caloña con 43; el conde de Ulenda con 45; Luis del Verme con 260; Orsino de los Orsiui con 120; Pedro Pelacani con 100; Juan de Pomaro con 38. A éstos deben añadirse las compañías de infantería. Cada uno de ellos tenía diferentes pactos con la república y diversos grados de obediencia y disciplina.

(7) Francisco Sacchetti dice, que habiendo ido dos frailes menores á un castillo de Juan Acuto, le saludaron á su modo, diciendo: *Monseñor, Dios os dé paz*. Lo cual les valió de repente por respuesta: *Dios os quite vuestra limosna*. Como quedaran atónitos se esplicó de esta suerte: *¿No sabéis que vivo de la guerra como vosotros de la limosna, y que la paz me arruinaría?* A lo cual el autor, menos frívolo que de costumbre, añade: «Y ciertamente fué el hombre que duró con las armas en Italia más que otro alguno, porque se mantuvo allí sesenta años, y casi no había territorio que no le pagara tributo, sabiendo componerse de modo que hubo muy poca paz en su tiempo; ¡desgraciados de aquellos hombres y pueblos que tienen demasiada fe en gentes semejantes! porque pueblos, concejos y ciudades se aumentan con la paz, á la par que ellos viven y se engrandecen con la guerra, que es la ruina de los Estados, pues con ella se debilitan y se destruyen. No hay en ellos amor ni buena fe; frecuentemente se portan peor con el que les da sueldo, que con los asalariados del otro partido, en

Este innoble sistema, que convertía la guerra en una especulación ó en un oficio, quitándole aquel prestigio que la hace menos deplorable, convenía á los pequeños Estados dedicados al negocio. Efectivamente, con dinero se reclutaban cuantas tropas eran necesarias, lo cual restablecía el equilibrio roto á consecuencia del acrecentamiento de algunas potencias. Hallaban así los tiranos un medio de perturbar la paz pérfidamente: porque si en medio de una calma profunda querían arruinar á uno de sus enemigos, licenciaban á una banda, sugiriéndola en secreto la idea de ir al territorio designado. El jefe de banda convenía perfectamente á la recelosa desconfianza de Estados que no estaban fuertemente apoyados por instituciones: á la aristocracia por miedo á la popularidad que llegaría á adquirir un guerrero victorioso; á la democracia celosa, para no tener que confiar las fuerzas del país á un ciudadano: á los príncipes que siempre se oponían á armar á la nobleza y á la plebe, en fin á todos era oportuno aquel héroe nómada que peleaba por dinero contante, que se marchaba cuando concluían los subsidios, y á quien en todo caso se podía humillar asalariando á uno de sus rivales.

Además, tenía su táctica particular cada caudillo. Alberico de Barbiano mejoró la armadura: Braccio fraccionó las bandas en pequeños cuerpos y á las órdenes de distintos oficiales, de modo que se batían renovándose escuadrón por escuadrón. Esforcia, tan constante y firme como el otro, era impetuoso en su valor, las mantuvo en masas que ganaban en solidez lo que perdían en agilidad; y hubo entre los Bracceschi y los Esforzeschi una emulación continua en las guerras de aquel tiempo.

No excitándoles el odio, y batallando todos por oficio, no debían olvidar que acaso al día siguiente servirían á las órdenes de aquel á quien hoy atacaban. De consiguiente, convenían en hacerse el menor daño posible, en hacer prisioneros más bien que en darles muerte, en cuidar especialmente de los caballos, menos fáciles de reemplazar que los hombres, y cuando hacían prisioneros los canjeaban con otros. Aconteció un día á Francisco Piccinino, que se introdujo incautamente entre sus enemigos: inmediatamente que le reconocieron, tiraron sus armas y le saludaron respetuosamente,

atención á que al mismo tiempo que manifiestan querer combatir el uno contra el otro, tienen más benevolencia el uno respecto del otro que respecto del que les paga, y parece como si dijeran: Roba por aquí, y yo robaré por allá. De esto no se perciben las pobres ovejas que cotidianamente son llevadas por la malicia de estas gentes á hacer la guerra, cuando la guerra sólo puede dejar en peor condición á los pueblos. En efecto, ¿de dónde procede que tantas ciudades de Italia antes libres están ahora sometidas á señores? ¿De dónde procede que la Pulla está en la situación en que se encuentra, y también la Sicilia? ¿A dónde ha conducido la guerra á Padua, á Verona y á otras muchas ciudades que hoy solo son miserables aldeas? *Novela* 181.

descubriéndose la cabeza. Todo el que se hallaba cerca de su persona le tocaba la mano con grande reverencia, porque le reputaban padre de la milicia y su más hermoso ornamento.» (CORIO).

De consiguiente la guerra estaba reducida á una serie de marchas y contramarchas; las batallas á un choque que se empujaban más bien que se descargaban golpes, y en que sólo se derramaba sangre por inadvertencia; así una escaramuza en una ciudad, ofrecía más peligro que una batalla campal (8). El ingenio, la astucia, reemplazaron el valor, y los héroes envejecieron con las armas en la mano, sin haberse espuesto á un peligro real nunca. En los capitanes se requería cierta habilidad personal, en razón á que las tropas, especialmente de infantería, no defendían su bandera por honor, ni por vergüenza de sus compañeros, con quienes se hallaban reunidos sólo por un momento; así es, que se desbandaban apenas perdían la esperanza de la victoria ó del botín.

Hacíase la guerra más bien á los ciudadanos que á los ejércitos: se aspiraba á devastar y á hacer prisioneros en lo que se denominaba cabalgatas: ahora bien, á veces sólo á esto se limitaba la guerra, sin que se trabara una batalla. En su consecuencia, cada cual se retiraba á plazas muradas, como lo estaban entonces casi todas las ciudades y aldeas; luego se empleaban desde allí lo mejor que era posible las armas defensivas, hasta que se pactara con los guerrilleros, ó hasta que fatigados éstos se dirigieran á otro lugar fortificado, porque los encontraban á cada paso en su camino: había veintiocho en rededor de San Miniato. Después de la victoria de Meleto (1349), el vaivoda de Transilvania, Lando y Guarnieri, adeudaban á las bandas doble paga, y como no encontrasen medio de satisfacerla porque ascendían á cincuenta mil florines, abandonaron el furor de sus soldados á los caballeros que tenían prisioneros,

(8) Maquiavelo dice que en la batalla de Sagonara (1424), en que Angel de la Pergola batió é hizo prisionero á Carlos Malatesta, solo perecieron tres personas ahogadas en el lodo. Lo mismo aconteció en la de la Molinella (1467). Se peleó medio día. Sin embargo, no murió nadie: solo hubo algunos caballos heridos y algunos prisioneros por una y otra parte. Creemos que hay exageración en esto: sin embargo, hemos visto un diálogo manuscrito de Pablo Jove, en que dice que en la batalla ganada en Caravaggio el 15 de setiembre de 1448 en la que Esforcia puso á los venecianos en plena derrota, y se llevó diez mil quinientos prisioneros, era fama de que solo habían perecido siete soldados, de los cuales dos se habían ahogado en la refriega, pisoteándolos los caballos. Allí leemos que á consecuencia del terror que inspiraron las primeras armas de fuego, se cortaba la mano derecha á todos los arcabuceros á quienes se cogía: luego también Bartolomé Coleone, general de los venecianos, y Federico de Urbino, en la jornada de la Ricardina, en el territorio de Bolonia, habiendo cerrado la noche durante el combate, mandaron que encendieran teas los bagajeros, y á su luz continuaron la lucha.